

EZEQUIEL

Ezequiel creía que este momento no iba a llegar nunca. Casi no ha dormido de emoción, y también de ansiedad, por el viaje, en caballería hasta Salamanca.

Ya está todo preparado. Hace una semana fue enviado el ajuar necesario a la pensión de la señora Remedios y del señor Matías, en la calle Varillas, nº 7. La cama completa con colchón, mantas y sábanas. El baúl con la ropa, y el cajón con las provisiones. Cada uno come por su cuenta; y todo se lleva de casa. Remedios y Matías, un matrimonio sin hijos, son amigos de la familia, buena gente, de confianza. Ezequiel estará bien con ellos.

Saturnino, el Belloto, le acompaña como espolique. De mediana edad, es un hombre alto, fuerte y muy curtido en viajes. Conoce bien todos los caminos de la región. Como montura llevan a Amaranto, un caballo manso y robusto, de color canela; el preferido de Ezequiel.

Rosalía abraza a su hijo y le recuerda otra vez: “ten cuidado, hijo, no te esfuerces sin necesidad, ya sabes... tu corazón. Aquí os meto el almuerzo, paráis en la fuente de la Coquilla. Saturnino, confío en ti, cuídamelo...” Su padre, Julián, le da un fuerte abrazo, con orgullo. Ezequiel se despide también de su hermana y de sus abuelos; acaricia a Amaranto en el cuello, y monta. Una última mirada a su familia, al pueblo que aún duerme. Saturnino tira de las riendas, y con las primeras luces del alba, emprenden el ascenso por la falda de la montaña. Cuando llegan a la cima, se detienen para descansar un rato. El sol naciente, jugando entre las nubes, está formando un increíble espectáculo de luz y de color. Ezequiel queda cautivado. Nunca había visto tal cosa, pues abajo, en el pueblo, el horizonte queda tapado por las sierras. Saturnino aprovecha para sentarse un rato y echar un cigarro, mientras que Amaranto, aligerado, mordisquea hierba fresca. Cuando el sol abandona el horizonte, reanudan la marcha.

Saturnino es hombre de pocas palabras, además sabe que con el largo camino que tienen por delante es mejor ahorrar fuerzas.

Ezequiel se ensimisma en sus pensamientos.

Piensa en su padrino, y se le encoje el corazón. Todavía siente el dolor punzante por su pérdida repentina. Su padrino había dicho: “...Me lo llevo a Madrid, a mi casa, y me encargo de todos los gastos...” concluyendo así el debate que mantenía su familia en torno a sus estudios.

El abuelo Gabriel, padre de su padre, siempre fue de la opinión de que las ciudades encierran grandes peligros para la juventud, y que solo deben arrostrarlos los que tengan

necesidad de labrarse un porvenir; que Ezequiel no está en ese caso porque su lugar está allí, en el pueblo, siguiendo sus propias huellas y las de su padre, que sin necesidad de un trabajo corporal penoso pueden enfrentarse con tranquilidad a las vicisitudes de la vida. Su madre, Rosalía, preocupada por la salud de su hijo que nació con una dolencia cardíaca, prefiere tenerlo a su lado para cuidarlo.

Por el otro lado, su abuela materna, Amalia, natural de Madrid y que vino al pueblo cuando el abuelo Ramón ganó la plaza de médico, dice que la vida en los pueblos apartados es puramente vegetativa; que sus moradores nacen, viven, se reproducen y mueren sin cultivar el espíritu ni ambiciones, y que poco más representa su propia vida que la de una planta o un ser irracional; que los hombres de su familia, todos, han hecho una carrera brillante y que si Ezequiel tiene aptitudes, como afirma el maestro, también debe hacerlo. Su padre es de la misma opinión, porque tiene clavada la espina de no haber estudiado en su juventud.

El fiel de esta balanza lo desnivelaba la resuelta actitud de su padrino, de quien lleva el nombre. Su padrino, próspero hombre de negocios en Madrid, era el más decidido defensor de los estudios de su ahijado y se había comprometido a llevárselo a la capital y costear los gastos. Pero el día que venía a buscarlo, en una mañana de niebla cerrada, se salió de la carretera y se estrelló contra un árbol. El Renault voiturette quedó con las dos ruedas delanteras en el aire, el árbol medio arrancado y el padrino muerto en el acto. Ezequiel, se quedó con la maleta hecha y el corazón en la tumba. Fue cayendo en un estado de melancolía que empezó a preocupar seriamente a su familia. El médico dijo que un cambio de aires le vendría bien. Decidieron que iría a estudiar a Salamanca. Pero apareció otro motivo de retraso, el plan Romanones que alargó la enseñanza primaria en dos años.

Llegan a la fuente de la Coquilla, ya han hecho la mitad del camino. Ezequiel descabalga. Amaranto relincha, agradecido. Extienden la manta de viaje a la sombra de un fresno y disfrutan del generoso almuerzo y de la conversación. Saturnino cuenta una y otra anécdota de sus muchos viajes y Ezequiel lo escucha embelesado. Después de un rato, con fuerzas renovadas, reemprenden el camino.

Vuelve el silencio y la mente de Ezequiel vuela de nuevo... En marzo todo estuvo, otra vez, a punto de echarse a perder. Las universidades más importantes de España se pusieron en huelga, por un problema de las especialidades médicas. Pero en Salamanca fue peor que en ningún sitio, corrió la sangre. El dos de abril, la plaza de Anaya se convirtió en un campo de batalla, dos estudiantes muertos y varios heridos. Conmoción en la ciudad.

Entierro multitudinario. La prensa nacional se hizo eco de los sucesos. En julio, llegó la destitución de Maura, y cayó el gobierno de Silvela; y Ezequiel sufriendo por su futuro. En su casa se negaban a dejarlo ir a Salamanca, a pesar de haber aprobado el examen de ingreso. Pero al final todo se arregló, por la actitud del rector Unamuno que se había portado como un padre para con los estudiantes, devolviendo la confianza a los padres de Ezequiel. Unamuno había dicho:

“Queridos estudiantes: Contened vuestros arrebatos. Esto no puede ser. Se os hará justicia. Calmaos. Os pido, os suplico que os calméis. Contra la razón de la fuerza, oponed vosotros, muchachos, la fuerza de la razón”

Esas palabras, Ezequiel, no puede olvidarlas... la razón de la fuerza, la fuerza de la razón.

De pronto ve, allá, al fondo, recortarse sobre el horizonte, la silueta de la catedral. Están llegando a Aldeatejada y tienen que dar un rodeo debido a las obras de la carretera que están haciendo desde Salamanca hasta Béjar, pasando por Vecinos, dicen que va a pasar cerca de su pueblo. Ezequiel sueña con estudiar ingeniería después del bachillerato y construir, algún día, una carretera que comunique su pueblo, tan apartado, allí en la hondonada, con esta carretera que para entonces ya estará terminada.

Al filo de las tres llegan a la ciudad, han tardado nueve horas en recorrer las diez leguas que tenían de camino. En la pensión, lo están esperando el señor Matías, la señora Remedios y Amador, su amigo y compañero que empieza este año segundo de bachillerato. El señor Matías es sencillo. Viste con gorra al estilo artesano, pañuelo al cuello, blusa hasta las rodillas y pantalón de pana. Es botonero, tiene un pequeño taller en casa donde hace botones de filigrana y azabache para los trajes charros. La señora Remedios también viste de artesana: pañuelo en la cabeza, largos pendientes, corpiño y amplias faldas con rodete. Ella se encarga de la pensión. Es relimpia y muy buena cocinera. Remedios recibe a Ezequiel con un abrazo de madre. Lo cuidará como al hijo que nunca tuvo. Se lo ha prometido a su amiga Rosalía.

Ezequiel y Amador compartirán habitación, que está en la primera planta. Es espaciosa, con dos camas, dos baúles y una mesa de estudio. El sol entra a raudales por los cristales del balcón. Ezequiel lo abre y ve, justo en frente, la calle Consuelo, y al fondo, por encima de los tejados, la Torre del Clavero.

Al día siguiente, primero de octubre, van juntos a la inauguración del curso escolar, presidida por el rector Unamuno. Dicen que el año pasado lo inauguró el conde de Romanones, el que reformó la enseñanza primaria en 1901. Hoy, el paraninfo de la Universidad está a rebosar, más todavía que el año pasado.

Después del acto, Amador le enseña a Ezequiel las aulas donde se dan las clases de bachillerato. Están al fondo del Patio de Escuelas a la izquierda. Se llaman las Escuelas Menores, porque son para los pequeños.

Por la tarde, paseando por la ciudad, acaban en el puente romano desde donde ven la puesta del sol. De nuevo el espectáculo de colores: rojos, rosas, malvas y añiles; entre las nubes que cambian de tonalidades por instantes. Un incendio de luz. Y mañana... la luz del conocimiento, del saber. El corazón de Ezequiel, aunque enfermo, rebosa de felicidad.

Lola Andrés P.

